

## De 'Dagoes ' a 'Españoles Atrevidos ': La opinión de los soldados americanos acerca de sus adversarios, 1898

*Albert A. Nofi*

Al principio de la Guerra Hispanoamericana la tradición protestante anglosajona, profundamente arraigada en los EEUU, y que sentía hostilidad hacia los católicos en general y hacia los españoles en particular, hizo muy poco probable que los soldados americanos se predispusieran a tener una opinión favorable acerca de sus adversarios. Ni siquiera una prensa sensacionalista que sirviera como conducto propenso de una propaganda cubana anti-española, tenía mucho incentivo para presentar una imagen más positiva del guerrero español.<sup>1</sup> De hecho, los americanos apoyaban mucho a los insurgentes cubanos.<sup>2</sup> El Sr. Dalton Hanna, corresponsal del *New York Journal*, informaba que: “La caballería española es realmente patética”, los soldados “totalmente indiferentes al consuelo o cuidado de sus animales,” y la tropa española “anduvieran desgarbados, sucios, andrajosos y con ojos sin brillo”.<sup>3</sup> Con tales reportajes era muy poco probable instilar un respeto saludable a las cualidades marciales del enemigo. La impresión general era que los soldados españoles, particularmente los voluntarios, eran unos “salvajes terribles” que perpetraban “grandes crueldades” en las gentes de Cuba.<sup>4</sup> En resumen, se puede decir que la mayoría de los americanos—civiles y militares—estaban de acuerdo con el Capitán de Fragata Bowman H. McCalla del U.S.S. *Marblehead* al pensar que los españoles eran “Dagoes.”<sup>5</sup>

Así, en una carta de Manila a su esposa, el Teniente George F. Tefler de la Segunda Voluntarios de Oregón escribió: “Nosotros no estamos esperando que vaya a haber mucha lucha.

<sup>1</sup> Marcus M. Wilkerson, *Public Opinion and the Spanish-American War: A Study in War Propaganda* (New York: 1932), pp. 34-35, anota nueve sucesos importantes de atrocidades en *The New York World* ocurridas en tan solo junio de 1896. Ver un ejemplo en *The New York World*, 2 de marzo de 1896, p. 6; 17 de mayo de 1896, p. 1; 26 de mayo de 1896, p. 7; 3 de junio de 1896, p. 7; y *The New York Journal*, 17 de enero de 1897, p. 33; enero 31 de 1897, p. 3; y 3 de febrero de 1897, p. 1. Es interesante que la interpretación tradicional de la influencia de la prensa en la opinión pública americana sobre la guerra, ignora la dimensión cubana. Como el historiador Thomas Fleming ha observado: “Todavía culpamos a William Randolph Hearst y a Joseph Pulitzer, sin saber a quién alimentaba sus reporteros muchas de las historias inventadas.” A.B. Feuer, *The Santiago Campaign of 1898* (Westport, Ct.: 1995), p. xi.

<sup>2</sup> Ver John J. Leffler, “From the Shadows into the Sun: Americans in the Spanish-American War” (Tesis doctoral no publicada, Universidad de Texas: 1991), en particular pp. 24-45.

<sup>3</sup> Dalton Hanna, *The New York Journal*, 24 de enero de 1897 y 31 de enero de 1897.

<sup>4</sup> Frederic Remington en *The New York Journal*, 24 de enero de 1897.

<sup>5</sup> La frase completa de McCalla fué: “Tonterías, esos son nuestros compañeros, no Dagoes,” cuando alguien que observaba identificó erróneamente a algunos infantes de marina americanos en el bosque detrás de la playa. Ver “The Fight at Guantanamo” en J. W. Buel, *Behind the Guns with American Heroes* (Chicago: 1899), p. 52. “Dago” es un término peyorativo aplicado a españoles, portugueses e italianos (Collins Spanish/English Dictionary).

De hecho no creo que los soldados españoles lleguen a luchar.”<sup>6</sup> Observando algunas tropas españolas hechas prisioneras por los filipinos, escribió que ellos eran “muchos hombres insignificantes e inanimados.”<sup>7</sup> Unos días después él mismo calificó a estas mismas tropas como “pequeños monos flacos. Con hombros encorvados, blancos, e inanimados [...] Hemos adquirido un gran desprecio por su atuendo.”<sup>8</sup> No parece que a Tefler se le ocurriese pensar que el estado de estos prisioneros españoles fuese tal vez resultado del trato recibido de los guerrilleros filipinos. Esa misma semana el Teniente Charles H. Hilton, Primer Regimiento de Voluntarios de Colorado, que también acampó en las afueras de Manila, escribió a su esposa: “Si atacáramos ahora sería una burla.”<sup>9</sup>

No todos los soldados americanos despreciaban a los españoles. Frederick Funston, Comandante del Vigésimo Voluntarios de Kansas, quien había servido en la artillería insurgente cubana durante dos años, estaba perfectamente dispuesto a contar historias diciendo que los españoles verdaderamente daban una “galante lucha.” De hecho, cuando estuvo dispuesto a escribir sus memorias usó la frase “un pueblo oscuro que agregó a la gloria de las armas españolas,” para empezar su descripción de la Batalla de Cascorra, la cual tuvo lugar del 3 al 9 de octubre de 1896, y durante la cual 160 tropas españolas contuvieron a unos 1.500 cubanos durante diez días hasta ser liberados, una acción sobre la cual Funston indicó que el Comandante español demostró ser “un hombre de recursos y valentía excepcional.”<sup>10</sup> Sin embargo, tales opiniones eran minoría, y no parece que circularan ampliamente.

La guerra cambiaría las opiniones principalmente negativas que las tropas americanas tenían de sus adversarios; al menos las de aquéllos que realmente se enfrentaron a las tropas españolas en combate. Este cambio de opinión puede verse en las cartas, memorias, diarios, historias de regimientos, anécdotas, reminiscencias, y entrevistas que realizaron los veteranos del combate durante y después de la guerra. Muchos de estos materiales pueden encontrarse en fichas de archivo, y algunos de ellos también han sido publicados.<sup>11</sup> Existe también otra fuente

<sup>6</sup> George F. Tefler, *Manila Envelopes: Oregon Volunteer Lieutenant George F. Tefler's Spanish-American War Letters*, editada por Sara Bunnett (Portland, OR: 1987), 18 de julio de 1898 (p. 31); énfasis en el original.

<sup>7</sup> Tefler, 8 de julio de 1898 (p. 25).

<sup>8</sup> Tefler, 18 de julio de 1898 (P. 31).

<sup>9</sup> Hilton a su esposa, 16 de julio de 1898, en Frank Harper, editor, *Just Outside Manila: Letters from Members of the First Colorado Regiment in the Spanish-American and Philippine-American Wars*, *Colorado Historical Society Monograph No. 7* (Denver: 1992), p. 15.

<sup>10</sup> Frederick Funston, *Memories of Two Wars: Cuban and Philippine Experiences* (New York: 1911), pp. 37-52.

<sup>11</sup> Como las cartas de Tefler y Hilton, mencionadas anteriormente.



de materiales conocidos como “libros de recuerdos,” y que fueron publicados después de la guerra. Los “libros de los momentos” tuvieron títulos patrióticos tales como: *Behind the Guns with American Heroes* (“Detrás de las Armas con los Héroes Americanos”),<sup>12</sup> *The Story of Our Wonderful Victories* (“La Historia de Nuestras Victorias Maravillosas”),<sup>13</sup> y *Reminiscences and Thrilling Stories of the War* (“Reminiscencias e Historias Emocionantes de la Guerra”).<sup>14</sup> Estos incluyeron cartas de los soldados, extractos de reportes oficiales, artículos sobre eventos de los participantes, breves descripciones de la geografía, historia y cultura de Filipinas, Puerto Rico y Cuba, así como un poco de poesía. Se puede encontrar una gran variedad de opiniones sobre estos trabajos, incluyendo ensayos anti-imperialistas de personas tales como William Jennings Bryan.<sup>15</sup> En varias ocasiones se pueden encontrar estos mismos materiales en uno o más de estos trabajos.<sup>16</sup> También se ha comprobado que es posible identificar las fuentes originales de muchos de los artículos que se encuentran en estos volúmenes, las cuales se basan primordialmente en los informes de muchos oficiales que están disponibles en otras partes, dándole mayor credibilidad a citas menos documentadas. Esta clase de comprobación es de particular importancia en lo que respecta al trabajo de *Behind the Guns with American Heroes*, editados por el infame J. W. Buel. Aparentemente trabajando con la premisa de “*Si non e vero, e buon trovato*,” Buel a menudo incluyó materiales inventados para dar inspiración a muchos de sus trabajos. Buel era tan famoso en este aspecto que el historiador Samuel Eliot Morison, en el prólogo de su propia biografía titulada *John Paul Jones: A Sailor's Biography*, observa que la *Life of John Paul Jones* de Buel contiene tantas invenciones que debería ser catalogado como un cuento de ficción.

En otros casos, la existencia real de los soldados y marineros a los que se acreditan determinadas cartas, informes, o declaraciones era comprobable, no es posible de verificar. Por ejemplo, en *The Story of Our Wonderful Victories* se cita a un tal “Sargeant Kline,” de la Compañía L, Primer Regimiento de Caballería (*The Rough Riders*),<sup>17</sup> herido en Las Guasimas. En la lista de “*The Rought Riders*” resulta que existe un tal Joseph L. Kline, de esa compañía y

<sup>12</sup> J. W. Buel, *Behind the Guns with American Heroes* (Chicago: 1899).

<sup>13</sup> J. R. Jones, editor, *The Story of Our Wonderful Victories* (Filadelfia: 1899).

<sup>14</sup> James Rankin Young y J. Hampton Moore, editores, *Reminiscences and Thrilling Stories of the War* (Filadelfia: 1899).

<sup>15</sup> William Jennings Bryan, “Shall We Keep the Philippines,” en Buel, pp. 111-114. Bryan sirvió como Teniente-Coronel de la 1ª de Nebraska, la cual no fue al extranjero.

<sup>16</sup> Ciertamente, varios de los trabajos parecen haberse expedido por las mismas publicaciones, con grandes porciones de los contenidos compartidas entre ellas. *Cf.*, los volúmenes de Jones y Young-Moore.

<sup>17</sup> Primer Regimiento de Caballería Voluntaria, al que pertenecía el Teniente-Coronel Theodore Roosevelt.

que fue herido en Las Guasimas, aunque solo se trataba de un soldado raso.<sup>18</sup> Parece razonable asumir que las declaraciones son más o menos fidedignas debido a la existencia de una gran variedad de opiniones encontradas y atribuidas a estos hombres, así como a la existencia de opiniones tanto pro como anti-españolas en el mismo trabajo.<sup>19</sup> Es probable que muchos de estos materiales hayan desaparecido, sobreviviendo tan solo en algunas de las páginas de éstos libros de recuerdos. Este trabajo está basado en materiales provenientes de fuentes tradicionales y de varios de estos libros de recuerdos.

Theodore Roosevelt ciertamente parece haber compartido la baja opinión que se tenían en general de las cualidades de lucha de las tropas españolas. La primera lucha importante de la guerra, en Las Guasimas, cerca de Siboney, Cuba, el 24 de junio, hizo muy poco para alterar estas opiniones. Sorprendido por la disciplina de fuego de las tropas españolas, escribió que “los españoles dispararon bien,” aunque siguió opinando que ellos “no se ponían de pié cuando nosotros nos apresurábamos.”<sup>20</sup> El Coronel Wood Leonard, comandante del “Rough Riders” a Las Guasimas, añadió que el español “parecía estar completamente descorazonado y desanimado.”<sup>21</sup> El soldado Kline llegó aún más lejos al decir que a las tropas españolas “se les ha preparado con licor para hacerlos luchar más duro,” y que “en muchas de las trincheras hemos capturado buenas cantidades de ron y brandy en botellas y frascos, e incluso barriles de vino,” razonamiento ciertamente inspirado por la ración de vino que normalmente disfrutaban los soldados españoles.<sup>22</sup> Es interesante hacer notar que un hombre de raza negra alistado en la Décima Caballería, parece haber tenido un mejor entendimiento de la lucha ocurrida en Las Guasimas. El Cabo Miller Reed escribió que los españoles “eran muy buenos luchadores, pero que habían tenido que correr *en aquel momento*.”<sup>23</sup> De hecho, como el historiador David F.

<sup>18</sup> Jones, pp. 194-195.

<sup>19</sup> Compare, por ejemplo, los mismos comentarios pro-españoles del Corporal Miller Reed de la Décima Caballería, citado en Jones, p. 438, con los puntos de vista hostiles del Reverendo George A. Knerr de la 4a de Pennsylvania, citados en el mismo trabajo en las pp. 312-313.

<sup>20</sup> Roosevelt a Carina Roosevelt Robinson, 25 de junio de 1898, en *The Letters of Theodore Roosevelt*, editadas por Elting R. Morison (Cambridge, Ma.: 1951), Vol. II, p. 844. Contraste el “los españoles disparan bien,” con el trabajo del Primer Teniente Hilton, “Ellos dicen que los españoles [...] dirigen su puntería sin apuntar el revólver en sus hombros”: Hilton a su esposa, 16 de julio de 1898, en Harper, p. 15; énfasis añadido.

<sup>21</sup> Citado en Herman Hagedon, *Leonard Wood: A Biography* (New York: 1934), Vol. I., p. 170.

<sup>22</sup> Jones, pp. 194-195. Kline, de quien se ha hecho referencia anteriormente, aparentemente no vio realmente las trincheras española, ya que había caído herido antes de que su regimiento llegase al frente. Sobre este aspecto es importante hacer notar que mientras el ejército americano había cesado de expedir bebidas en 1832, la mayoría de los ejércitos europeos todavía tenían una ración diaria de alcohol hasta el siglo XX.

<sup>23</sup> Jones, p. 438; énfasis añadido.

Trask observó muy claramente: “Ninguno de los comandantes americanos parece haber comprendido en aquel momento que la fuerza española había dirigido una retirada planeada.”<sup>24</sup>

La lucha más dura de la guerra, alrededor de Santiago de Cuba, el 1 de julio de 1898, sacó a la luz varios testimonios sobre el valor, la devoción, y las habilidades del soldado español. Después de su “momento de gloria” dirigiendo a los “Rough Riders” bajo fuego a “Kettle Hill” y de ahí a través de un valle de 500 yardas de ancho para tomar el extremo norte de las Alturas de San Juan (San Juan Hill), Roosevelt escribió: “Los españoles luchan muy duro.”<sup>25</sup> Un viejo de 1ª Caballería Regular, que estaba en la misma brigada con los “Rough Riders,” fue aún más generoso en sus alabanzas hacia los españoles. Comentando la conducta de estos durante la lucha a la que le siguió el ataque en las Alturas de San Juan, el Sargento Ousler escribió que había

[...] del otro lado, algunos hombres muy valientes, que al descubierto, iban disparando a nuestros hombres de línea, a los que escogían deliberadamente. Estos españoles atrevidos recibieron el reconocimiento de nuestros hombres.<sup>26</sup>

Pero si las tropas españolas que defendieron las Alturas de San Juan dieron lugar a los comentarios positivos de sus enemigos americanos, aquellos que sostuvieron El Caney ganaron su entusiasta admiración.

Restando valor a sus enemigos, consecuencia de las nociones preconcebidas que se tenían del valor de las tropas españolas, el General de División H. W. Lawton, al dar las órdenes para atacar El Caney, creyó que el lugar se desplomaría en dos horas. De hecho, sus predicciones eran muy optimistas, ya que sólo había 520 tropas españolas para defenderse contra más de 6,500 soldados americanos con artillería, apoyados por casi mil insurgentes cubanos. No obstante, la lucha se convirtió en una de ocho horas en la que sólo aproximadamente 180 de los defensores escaparon, mientras las pérdidas de los americanos se aproximaron a 80 muertos y a más de 350 heridos. El Primer Teniente W. H. Wassell, de la Vigésima Segunda Infantería, que resultó herido en El Caney, después escribió “nos dijeron [...] que no tendríamos ninguna oposición,” antes de continuar comparando favorablemente las habilidades marciales de los

<sup>24</sup> David F. Trask, *The War with Spain, 1898* (New York: 1981), p. 551, n. 57. Trask pone esta observación importante en una nota a pié de página.

<sup>25</sup> Roosevelt a Henry Cabot Lodge, 3 de julio de, 1898, *op. cit.*, p. 846. Las tropas americanas denominaron a la loma más al este de las Alturas de San Juan como “Kettle Hill.”

<sup>26</sup> Sargento Ousler, “Old High Jinks in Santiago,” en Buel, *op. cit.*, p. 124.

españoles con aquéllas de los indios occidentales más feroces.<sup>27</sup> Frederick E. Pierce, quien dirigió una compañía del Segundo de Massachusetts, escribió que “los españoles no fueron lentos para devolver nuestro fuego” y “recibimos tal lluvia de balas que en un momento pareció que la compañía iba a dejar de existir”,<sup>28</sup> mientras que el Teniente-Coronel Aaron S. Daggett, Comandante de la Vigésima Quinta Infantería, informó que “el fuego venido del pueblo era [...] severo.”<sup>29</sup> Pero la potencia de fuego española no fue la única cosa que impresionó a las tropas americanas. “El valor de los españoles fue magnífico,” escribió el Capitán de la Marina Herbert H. Sargent en su historia de la campaña.<sup>30</sup> El General de brigada Joaquín Vara de Rey, quien dirigió la guarnición sitiada, fue objeto de una alabanza especial. Los americanos estaban “llenos de admiración por este hombre valiente,” un “héroe incomparable” poseedor de un “alma heroica.”<sup>31</sup>

En noviembre de 1898 las tropas españolas se preparaban para dejar Cuba para siempre. Las autoridades militares americanas hicieron una petición para que se permitiera al Ejército español llevarse a su tierra los restos del General Vara de Rey. Al responder que “el General Vara del Rey era un hombre valiente y honramos su memoria,” el General de División Leonard Wood, Gobernador Militar de la ciudad de Santiago, asignó la tarea a su ayudante, el Primer Teniente M. E. Hanna, para que se llevaran a cabo los arreglos necesarios. Esta debió haber sido una tarea fácil. Después de la caída de El Caney, las tropas americanas habían enterrado los españoles muertos en los alrededores. Los soldados ordinarios habían sido enterrados juntos en una tumba común, pero el General Vara de Rey y otros oficiales fueron enterrados individualmente, en tumbas claramente marcadas, con todos los honores de guerra.<sup>32</sup> Sin embargo, cuando Hanna y un grupo de tropas llegaron al lugar del entierro, todas las tumbas marcadas habían sido destruidas por cubanos llenos de venganza. Al preguntar, un cubano local señaló la que él aseguró era la tumba del general. Al excavar, Hanna solamente encontró los huesos de una mula. De hecho, los cubanos no estaban dispuestos a ceder los restos del general, a quien ellos culpaban de la muerte del héroe revolucionario Antonio Maceo en la noche del 7 de

<sup>27</sup> Jones, pp. 186 and 188. El regimiento de Wassel sufrió las bajas de siete hombres muertos y 42 heridos.

<sup>28</sup> Frederick E. Pierce, *Reminiscences of the Experiences of Company L, Second Regiment, Massachusetts Infantry, U.S.V.* (Greenfield, MA: 1900), pp. 43 y 44. El regimiento de Pierce perdió cinco hombres y tuvo 40 heridos.

<sup>29</sup> Informe de Aaron S. Daggett, 16 de julio de 1898, impreso en John H. Nankivell, *The History of the Twenty-fifth Regiment of United States Infantry, 1869-1926* (Denver: 1927), pp. 75-76.

<sup>30</sup> Sargent, Herbert H., *The Campaign of Santiago de Cuba* (Chicago: 1904), Vol. II, p. 104.

<sup>31</sup> Sargent., pp. 108; 104; 144.

<sup>32</sup> Nankivell, p. 82.

diciembre de 1896.<sup>33</sup> Enojado por la acción cubana, Hanna habló inmediatamente con el alcalde de El Caney. Observando que los alcaldes sostenían sus puestos por la gracia del General Wood, Hanna lo amenazó con su reemplazo y con peores consecuencias “si no encontramos el cuerpo dentro de tres horas.” Esto asustó lo suficiente al alcalde que convocó a uno de sus ayudantes, quien decía era capaz de llevar a Hanna a la tumba del general. Sin embargo, cuando Hanna exigió al cubano que lo llevara a la tumba, el hombre no demostró ningún deseo de cooperar, e incluso negó tener el menor conocimiento del lugar en el que yacían los restos de Vara de Rey. Enojado por esta contestación, Hanna hizo al cubano una oferta a la que no se podría negar. Dibujando su revólver, Hanna se la mostró al hombre y en voz muy baja le dijo “Llévanos ahí o te volaré la cabeza de los hombros.” Entendiendo instantáneamente la lógica de la amenaza de Hanna, el cubano se mostró completamente cooperativo. En poco tiempo Hanna fue llevado a un sitio que demostró ser el lugar donde yacían los restos del general. Ese mismo día el cuerpo de Vara del Rey fue entregado al Ejército español en un desfile formal militar.<sup>34</sup>

Elogios similares vinieron de muchos soldados americanos después de cada encuentro con las tropas españolas. Esto incluso en acciones relativamente pequeñas. Por ejemplo, después de un ardiente combate en Coamo, en Puerto Rico el 9 de agosto, el soldado Anthony Fiala, de la propia Tropa C de la Caballería Voluntaria de Nueva York, escribió: “Los españoles han demostrado ser valientes.”<sup>35</sup> El Capitán Harry Hall, de la Décima Sexta de Pennsylvania, estuvo de acuerdo, escribiendo que “los españoles tuvieron una posición muy firme.”<sup>36</sup> Hall continuó añadiendo “los oficiales deben haber sido muy valientes. Se expusieron repetidamente y sin dudar a nuestro fuego,” a pesar del hecho de que tres de ellos cayeron muertos.<sup>37</sup> Uno de los que cayeron muertos fue el Comandante Rafael Martínez-Illescas, del Batallón de Cazadores de la Patria No. 25, pudiendo observar una vez más la admiración especial que los americanos sintieron por el comandante español quien “expuso su heroísmo sin temor,”<sup>38</sup> un hombre “muy valiente. Tres veces montó delante de sus hombres, dándoles órdenes y animándolos.”<sup>39</sup>

<sup>33</sup> Francisco Gómez Toro, el hijo joven del comandante militar cubano Máximo Gómez, también fue muerto en esta acción. Ver Albert A. Nofi, *The Spanish-American War, 1898* (Conshohocken, Pa.: 1997), pp. 34-35.

<sup>34</sup> Ver “Honoring a Dead Foe,” en Buel, *op. cit.*, pp. 304-306.

<sup>35</sup> Anthony Fiala, *Troop “C” in Service: An Account of the Part Played by Troop “C” of the New York Volunteer Cavalry in the Spanish-American War of 1898* (Brooklyn: 1899), p. 99.

<sup>36</sup> Jones, p. 286.

<sup>37</sup> Jones, p. 287.

<sup>38</sup> Fiala, p. 72.

<sup>39</sup> Jones, p. 287. Para un breve relato de aquellos sucesos ver, *1898: La Guerra Hispano-Americana en Puerto Rico*, <http://home.coqui.net/sarrasin/esc.illescas.htm>.

Incluso después del armisticio del 13 de agosto, la opinión de los americanos acerca de los soldados españoles continuó mejorando. Así, George F. Tefler, quien en julio había escrito sobre su “gran desprecio” hacia los españoles, en el mes de septiembre escribiría: “Nosotros nos llevamos muy bien con los españoles,”<sup>40</sup> mientras un oficial que ayudaba a supervisar los términos del armisticio en Puerto Rico se animó a dar una descripción bastante resplandeciente de las tropas españolas escribiendo:<sup>41</sup>

Las tropas españolas me impresionaron mucho más favorablemente de lo que esperaba.

Ellos parecen pequeños al lado de nuestros hombres, pero generalmente están bien preparados, son inteligentes y alertas, y parecen estar listos para empezar un combate. Usan uniformes—camisa y pantalones—hechos de un material brillante, sin ninguna vista, pero con botones de latón y ornamentos en el cuello. Para la cabeza utilizan un sombrero de paja, con borde ancho y una escarapela del lado izquierdo. Están armados con Máuser y cuchillo-bayoneta cortos.

Los cartuchos los llevan en un gancho en manojos de cinco, y los llevan en bolsas de piel pequeñas atadas al cinturón, varias en una bolsa. Los recortes de piel son todos de piel color clara o canela, y muy superiores en apariencia a nuestros recortes de piel negros. Para los pies, los hombres usan sandalias con las suelas de material de cuerda. Muchos, sin embargo, llevaban puestos zapatos negros de piel, y algunos de ellos mocasines. Cada hombre tenía una manta puesta encima del hombro izquierdo, y llevaban una bolsa de piel clara o mochila. No vi ninguna tienda de campaña ni vagón de tren.

Evidentemente no dependen de mulas y vagones para ayudarles a dirigir una campaña. Yo vi a una compañía marchando a lo largo de la calle, y noté que su movimiento era de paso rápido, elástico, permitiéndoles cubrir tierra rápidamente.

No solamente los soldados españoles recibieron grandes alabanzas de sus adversarios americanos. Los marineros españoles también compartieron estos elogios. Los marineros comunes y oficiales navales de igual manera expresaron el aprecio de sus adversarios en varias ocasiones. Esto empezó temprano. En la noche del primero de junio una banda pequeña de

<sup>40</sup> Tefler, 31 de julio de 1898 (p. 31); 8 de septiembre de 1898 (p. 48).

<sup>41</sup> Jones., pp. 318-319. Desafortunadamente el editor no identificó a este oficial más allá de notar que formaba parte de la plana mayor del General de División John R. Brooke.

marineros americanos realizaba un esfuerzo atrevido para hundir un buque que bloqueaba la entrada estrecha del Puerto de Santiago.<sup>42</sup> Ellos fallaron, y fueron capturados, extrañamente por el Vice-Almirante Pascual Cervera, quién pasaba casualmente en un buque pequeño. Tan impresionado estaba Cervera por su valentía, que muy temprano el 2 de junio, formalmente comunicaba al escuadrón americano que todos los miembros del equipo estaban a salvo, un gesto que fue visto ampliamente entre los oficiales navales americanos como “el más elegante, y de cortesía más caballerosa.”<sup>43</sup> Después de la batalla naval del 3 de julio la alabanza americana para los marineros españoles era casi ilimitada.

Comodoro Winfield Scott Schley, comandante efectivo del escuadrón americano durante la batalla, escribió que la misión española “fue un gran carga” en que el enemigo “luchó noble y desesperadamente.”<sup>44</sup> Capitán Robley D. Evans del acorazado *Iowa* informó que su buque había sido el objeto de “un perfecto torrente de proyectiles del enemigo,” de quien “el heroísmo [y] devoción a la disciplina y al deber nunca podría superarse.”<sup>45</sup> Después, en sus memorias Evans dijo de la lucha con el crucero blindado *Almirante Oquendo*: “[...] Yo podía ver los agujeros de tiro entrar en sus lados y nuestros proyectiles explotando dentro de él, pero este sostuvo su curso animosamente y justamente nos sofocó con una lluvia de proyectiles y tiros de ametralladora,”<sup>46</sup> antes de continuar su “galante arrojo para la libertad” junto con los destructores *Plutón* y *Furor*.<sup>47</sup> Evans concluyó su relato de la batalla diciendo que “para el valor y el arrojo no hay nada en la historia que se asemeje a la acción del Almirante español” al emprender la misión, donde “casi seiscientos oficiales galantes y hombres habían luchado su última lucha.”<sup>48</sup> Tan favorable era la opinión de los marineros americanos de sus adversarios, que cuando el Almirante Cervera fue traído a bordo del *Iowa* fue saludado con muchas alabanzas por la compañía del buque, dándoles a sus hombres y a sus oficiales cuarteles entregados por sus mismos apresadores.<sup>49</sup>

Después de la guerra, la opinión americana sobre sus adversarios españoles continuaría creciendo. Frederick Funston, quien no había visto ningún servicio de combate durante la guerra con España, y quien se hizo ganador de una gran distinción contra los Filipinos entre 1899-1902,

---

<sup>42</sup> Nofi, pp. 156-159.

<sup>43</sup> Jones, p. 119.

<sup>44</sup> Jones, pp. 18-19.

<sup>45</sup> Jones, pp. 25, 27.

<sup>46</sup> Robley D. Evans, *A Sailor's Log: Recollections of Forty Years of Naval Life* (New York: 1901), pp. 447-448, énfasis añadido.

<sup>47</sup> Evans, p. 448.

<sup>48</sup> Evans, p. 450.

denominó la defensa de los 336 días de Baler por 57 españoles contra unas 1,500 tropas filipinas “una épica de heroísmo” y expresó su gran orgullo por haber conocido al oficial español superviviente, el Teniente Saturnino Martin Cerezo.<sup>50</sup> La defensa española de Baler fue tan aludida que el relato de Martin Cerezo sobre la batalla fue traducido y publicado para beneficio de los soldados americanos.<sup>51</sup>

El favor creciente con el que los americanos vieron a sus enemigos españoles se contrasta simultáneamente con el descenso precipitado de la opinión del americano sobre los insurgentes cubanos. Un río de propaganda pro-cubana había creado una opinión muy favorable de los cubanos entre los americanos.<sup>52</sup> Sin embargo, al ver las tropas cubanas—aún los oficiales de mayor rango—huyendo por atrás en Las Guasimas,<sup>53</sup> hizo que se debilitara esta opinión inicial favorable. Ni el fracaso de los cubanos para prevenir—o substancialmente impedir—la llegada de la columna del Coronel Federico Escario para socorrer Santiago el 3 de julio aumentó la opinión del americano de su proeza militar.<sup>54</sup> En retrospectiva, el General de División William R. Shafter, al dirigir la expedición americana a Cuba, observó que los insurgentes “dieron poca o ninguna lucha” durante la campaña, añadiendo que ellos habían sido “un estorbo, más que una ayuda en el campo de batalla,” conclusión compartida por la mayoría de sus tropas.<sup>55</sup> Para ser justos con la guerrilla cubana, ni su entrenamiento, ni su equipo, ni su experiencia, hizo que fueran aptos para una lucha convencional. No obstante, otras acciones de las tropas cubanas fueron aún más odiosas. Las tropas cubanas demostraron ser ladrones incorregibles, que incluso robaban a los americanos heridos.<sup>56</sup> Y hubo todavía cosas peores. Varios de los marineros españoles que se esforzaron por llegar a tierra después de la destrucción del escuadrón de Cervera el 3 de julio fueron asesinados por las tropas cubanas, un acto que enojó a varios oficiales navales americanos. Tan enojado estaba el Capitán Evans del acorazado *Iowa* que no sólo envió un pelotón de *Marines* a tierra para proteger a los hombres desvalidos, sino que

---

<sup>49</sup> Reporte de Midshipman Joseph W. Graeme, en Young-Moore, p. 156; Evans, p. 450.

<sup>50</sup> Funston, p. 323.

<sup>51</sup> Ver Saturnino Martin Cerezo, *The Siege of Baler* (Kansas City, 1909).

<sup>52</sup> Ver, por ejemplo, James Hyde Clark, *Cuba and the fight for Freedom* (Filadelfia: 1896), y la opinión altamente favorable de la Revolución Cubana.

<sup>53</sup> A.D. Webb, “Arizonans in the Spanish-American War,” *Arizona Historical Review* (Enero 1929), p. 62.

<sup>54</sup> Sargent, Vol. II., pp. 165-166.

<sup>55</sup> Sargent, Vol. II., p. 43.

<sup>56</sup> Para informes de cubanos robando a americanos, ver Pierce, p. 34; John Bigelow, Jr., *Reminiscences of the Santiago Campaign* (New York: 1899), pp. 92, 108.

además informó al comandante cubano local que a menos que sus hombres “cesaran de hacer su infame trabajo”, él apuntaría las armas del acorazado hacia ellos.<sup>57</sup>

Sin embargo, incluso después de haber terminado la lucha, algunos americanos continuaron albergando opiniones negativas de las tropas españolas. Así, después del ataque a las Alturas de San Juan, el soldado James L. McMahon, de la 1ª Artillería, dijo: “Los españoles son hombres traicioneros y nosotros tenemos la fuerza para combatir,” citando el uso que los españoles hacían de los atrincheramientos y de la pólvora sin humo como evidencia para argumentar su declaración.<sup>58</sup> Claro que como artillero, McMahon no había estado directamente involucrado contra los españoles. Aquéllos alejados de la batalla generalmente retenían estos prejuicios. El Capitán George A. Knerr, capellán protestante del Cuarto Voluntarios de *Pennsylvania*, un regimiento que sirvió en Puerto Rico pero que no combatió, describió al “español orgulloso” en términos tradicionales anti-latinos y anti-católicos, incluso sugiriendo que los isleños serán “cristianizados.”<sup>59</sup>

No obstante, la mayoría de veteranos americanos de la guerra desarrollaron una considerable simpatía por sus adversarios. De hecho, la estima con la que muchos soldados americanos consideraron a sus antiguos enemigos tendió a crecer en los años que siguieron a la guerra.<sup>60</sup> Así, en 1907, un oficial de la marina americana escribiría acerca del valor de las tropas españolas en la guerra: “Lo penoso de todo esto es que a aquéllos hombres valientes como lo demostraron ser los soldados españoles, se les requiriera sacrificarse a ellos mismos bajo dirección incompetente”.<sup>61</sup> La frase “como los soldados españoles demostraron ser,” es la que aquí nos interesa, pues demuestra el contraste entre “los hombres muy insignificantes e inanimados” que las tropas americanas esperaron encontrar y aquéllos que realmente encontraron bajo el fuego; representando un cambio dramático de la opinión de los soldados americanos respecto a sus adversarios.

Al final, la imagen que los soldados y marineros americanos tuvieron de sus adversarios españoles, formada a través de siglos de acondicionamiento histórico y años de propaganda de inspiración cubana, fue muy diferente después del combate. “En lugar del mito de ‘los españoles cobardes’ a los que fácilmente se triunfaba”, los recuerdos personales de los soldados americanos

<sup>57</sup> Young-Moore, p. 26; Evans, p. 450.

<sup>58</sup> Jones, p. 204.

<sup>59</sup> Jones, pp. 312-313. También ver F. H. Reichard, *The American Volunteer: A History of the 4<sup>th</sup> Regiment Pennsylvania Volunteers in the Spanish-American War of 1898* (Allentown, Pa.: 1898).

<sup>60</sup> Este puede ser visto claramente en los escritos de la posguerra por Fiala, Evans, y otros ya citados.

<sup>61</sup> Sargent, Vol. II., p. 67.



y marineros “revelan que los españoles eran enemigos valerosos e inteligentes.” Bajo el fuego, el respeto del americano sobre los españoles creció, así que cuando terminó la guerra había mucho menos relatos de “Dagoes” y mucho más de “estos españoles atrevidos”.